

mezquindades vigentes. ¿No era rigurosamente cierta la imposibilidad de cantar a los presidentes en el idioma apto para evocar a los héroes mitológicos de América? Tan exacta resultó que cuando Darío la olvidó, alguna vez, no tardaron lectores y críticos en censurarle —o disculparle— el abuso. Sobre el indigenismo proclamado por él se levantaron luego empeños cuya vigencia hoy no se discute.

#### EXPLICACIÓN DE LO MINORITARIO

En el prefacio a *Cantos de vida y esperanza* vemos confirmado el respeto «por la aristocracia del pensamiento, por la nobleza del arte» y la aversión «a la mediocridad, a la mulatez intelectual, a la chatura estética»; en el de *Los raros* vuelven a manifestarse «la misma pasión de arte, el mismo reconocimiento de las jerarquías intelectuales, el mismo desdén de lo vulgar y la misma religión de belleza». Nadie se sorprenda si la falange de los mediocres arremete contra quien tan despectivamente los trata. Con la madurez se atenúan las cóleras iniciales de Darío, cediendo el paso a la indiferencia, pero todavía de cuando en cuando surgirán llamas de la vieja hoguera. Sigue su camino y dice su palabra «con una modestia tan orgullosa, que solamente las espigas comprenden». Antonio Machado practicará y recomendará luego el «orgullo modesto», y en este deliberado oximoron de los poetas está la clave de su actitud. Frente a «la mediocracia pensante», orgullosos (6); junto al hombre, que para ellos es siempre el prójimo, modestos por naturaleza y por inclinación.

Al publicar *El canto errante* constata Rubén la existencia de una *élite*, a la cual «se debe la conservación de una íntima voluntad de pura belleza, de incontaminado entusiasmo», y advierte que las predicciones de «ese cuerpo de excelentes» no van acordes. Las discrepancias le parecían tolerables y, más aún, convenientes, porque gracias a ellas se impediría la constitución de una doctrina y de una ortodoxia, la implantación de un dogma. La minoría, integrada por diferentes, siguiendo impulsos contradictorios, es garantía contra imposiciones, artísticas o de las otras, salvaguardia de una libertad que no solamente afecta al creador, sino al hombre. El aristocratismo, al oponerse a la mediocridad se opone a la nivelación que ésta trata siempre de imponer, siguiendo el impulso natural a la uniformidad que su ley interior le impone. Por eso los poetas modernistas se veían como defensores

---

(6) Ya IBSEN había dicho enfáticamente por boca de uno de sus personajes: «La mayoría nunca tiene razón; os lo repito: ¡nunca! Esa es una de las mentiras sociales contra las que el hombre libre debe rebelarse.» (STOCKMANN, en *Los pilares de la sociedad*.)

de una libertad amenazada, so pretexto de igualitarismo, por los ortodoxos de todas las ortodoxias.

¿Por qué se olvida con tanta frecuencia la sabidísima declaración rubeniana: «Yo no soy un poeta para las multitudes. Pero sé que indefectiblemente tengo que ir a ellas.»? Quien se siente voz de Dios, sustituto de su silencio, ha de sentirse voz del pueblo, que acaso es lo mismo: si aquél calla es porque éste no dice nada, y en el callar como en las cóleras se identifican. Cuando en Darío hay política es «porque aparece universal»; porque dejó de ser la política de los políticos para ser la de los pueblos, entre quienes el poeta encuentra el espacio natural de la poesía, el origen y el eco del clamor, que suena en los *Cantos* como «clamor continental», siendo, como era y es, tan intensamente personal. «El vate», había escrito ya Díaz Mirón en «Sunsum» (1889), no ha de decir en la canción su dolor, «sino el dolor humano».

Se reprocha a los minoritarios falta de contacto con la vida —¿con qué vida?— cuando de lo que se alejaron es de la vida literaria. Puede observarse este fenómeno en ciertos ataques a la soledad de Juan Ramón Jiménez, por estar «cada vez más dentro de [la] vida y más fuera de la literatura» (7), sin que el ensimismamiento le distanciara de la realidad, como bien se advirtió en la hora de la prueba. En poemas como «El fiel definitivo» y «Réquiem» dejó escrito el testimonio de cómo supo vincularse al hombre, a los hombres y sentir y padecer con ellos.

La extensión y propagación de las ideas democráticas dio lugar a cierta confusión y deformación de conceptos. En manos de los demagogos unas veces, de los ineptos otras, la democracia cesó de ser forma de organización política para convertirse en tabú. La igualdad de derechos pareció exigir la igualdad en los intelectos; todos los hombres siendo iguales, no les sería negado el acceso a nada. Los problemas científicos y técnicos escaparon por su naturaleza a esta nivelación: las teorías de Einstein, por ejemplo, ni están al alcance de la mayoría, ni pueden allanarse para que las asimile sin esfuerzo. A este hecho nadie objeta, claro, pero en cuanto se pasa a los dominios del arte las actitudes cambian y la beocia protesta si el poema o el cuadro le resulta ininteligible o siquiera difícil. Desde Píndaro a Neruda, la poesía reclama una atención y un silencio de que «las ocas» no suelen ser capaces; por eso frente al agresivo griterío de quienes sólo son esforzados en el no esforzarse, el poeta se clausura, de un modo o de otro.

---

(7) De una carta publicada por JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ-CACHERO, en *Andrés González Blanco* (Oviedo, 1963), p. 33.

¿Se aristocratiza? Sí, si aristocracia significa, como Ortega pensaba, autoexigencia y disciplina. Es fatigoso y monótono repetir una y otra vez lo mismo, pero según Gide decía, «como nadie escucha, es necesario volver a empezar constantemente», recordando por enésima vez que el minoritarismo modernista no es político, sino intelectual, y que no excluye a nadie, sino a quienes se excluyen por pereza intelectual o por falta de curiosidad, que viene a ser lo mismo. Juan Ramón Jiménez dedicó lo mejor de su obra «a la inmensa minoría»; un poeta contemporáneo, Blas de Otero, escribe la suya para «la inmensa mayoría». ¿Cuál es la diferencia? A mi juicio ésta: Juan Ramón pensó su dedicatoria en un mundo menos politizado que el presente y teniendo en cuenta sensibilidades, no clases sociales; Otero la redactó contra minorías que el autor de «Espacio» no hubiera considerado tales: minorías de políticos usurpadores a las que ambos poetas, cada cual a su modo y conforme a su estilo, se enfrentaron sin vacilación.

Hacia 1940, en el destierro y tras la dramática experiencia de la guerra civil española, dictó Juan Ramón una conferencia sobre el improbable (para él) tema de «Aristocracia y democracia». Es un texto poco conocido y merecedor de serlo mucho, donde resume sus ideas sobre la cuestión. Llama aristocracia a «el estado del hombre en que se unen, unión suma, un cultivo profundo del ser interior y un convencimiento de la sencillez natural del vivir: idealidad y economía. Y al aristócrata lo define como «el que necesite menos exteriormente, sin descuidar lo necesario, y más, sin ansiar lo superfluo, en su espíritu (8)». Sobriedad y sencillez le parecen características esenciales del aristócrata y no puede chocar que en el pueblo (en el campo) haya encontrado «los mejores ejemplos de aristocracia congénita y progresiva». Aristocratismo y popularismo van juntos, caminando como de la mano, en el espíritu y la querencia de los modernistas, y esta previsible simbiosis fue fecunda, al moderarse y frenarse lo primero por lo segundo.

El desdén por lo aristocrático implicaba, según el andaluz universal, desdén por lo mejor, o por el deseo de lo mejor. Señaló lo absurdo de condenar como esteticismo el amor de lo bello, incluso en cosas «inútiles», como flores o pájaros. Parece como si hubiera leído aquel olvidado apólogo cuya sustancia puede resumirse en su título: «¿Para qué sirven las rosas?» En todo caso, respondiendo a un cubano, «hombre de chorizo y vinote», le recordaba que no hay incompatibilidad entre la luna y la hogaza (9); o sea, que la sensibilidad no está reñida con el conocimiento del mundo.

---

(8) «Aristocracia y democracia», en *University of Miami Hispanic American Studies*, núm. 2, p. 93.

(9) *Ibidem*, p. 106.

La aversión al vulgo literario es consecuencia de una actitud exigente del poeta para consigo mismo y para con los demás. El modernismo se propagó en España estimulado por un impulso de protesta contra la vulgaridad acartonada y la plebeyez intelectual de los barbados mentecatos que habían erigido a Madrid en capital de La Mancha. No la resentían menos los peninsulares que los ultramarinos, Valle-Inclán que Martí, Machado que Darío, y los unos como los otros se distanciaron, intelectual si no físicamente, de la que Julián del Casal llamaba (en «Obstinación») «la turba humana», sintiéndose, como este pobre se sintió, aislados en un medio hostil. Tanto como la neurosis, fue la voluntad de subrayar ese aislamiento lo que retuvo seis años a Juan Ramón en su Moguer natal, entre 1906 y 1912.

### LOS MUCHOS Y LOS POCOS

La distinción entre los muchos y los pocos es un hecho y será inútil negarla, aunque quepa explicarla, como lo ha hecho el crítico inglés C. S. Lewis, desde otros supuestos que los tenidos en cuenta hasta ahora. Lewis dejó a un lado, desde luego, política, moral y psicología, y elevándose sobre las disputas particulares señaló la posibilidad de ser mayoritario en un arte y minoritario en otro. No será lo frecuente, pero tampoco sería difícil señalar ejemplos, como el de Rubén mismo, selecto en poesía y de gusto menos refinado en música y pintura (las ilustraciones de *Mundial magazine* no acreditan en su director sensibilidad y gusto para las artes plásticas).

Según Lewis, un buen libro es el que exige ser leído de cierta manera; un mal libro el que puede ser leído de otro modo. «Si decimos —añade— que a *A* le gustan las revistas femeninas y a *B* le gusta Dante, parece como si gustar tuviera en ambos casos la misma significación, como si se tratara de una misma actividad, aunque dirigida a objetos diferentes. [...] No es exacto esto» (10). Y no lo es por razones obvias que no creo necesario recordar aquí. Baste con apuntar esta diferencia entre los muchos y los pocos: los muchos, según Lewis, son quienes leen por recurso; la lectura no les impresiona; es algo marginal que no deja recuerdos. Los pocos, leen y, sobre todo, releen por necesidad; la lectura es para ellos experiencia transformadora, ingrediente vital, algo que no se olvida.

No es lícito, pues, equiparar los muchos con los «sapos» y «arañas» atacados por Darío. El profesor Lewis aclaró el problema, porque los hostiles no son los indiferentes. Quien hostiga a los minoritarios por

---

(10) C. S. LEWIS: *An experiment in criticism*. Cambridge University Press, 1965; p. 1.

saberlos mejores no es la mayoría, sino otra minoría. Los muchos, dice el crítico inglés, pueden ser moral o psicológicamente excelentes, y entre ellos hay grupos tan honorables como el de los profesionales para quien la lectura es trabajo, o el de los esforzados en leer para estar al día y seguir de cerca las corrientes de la moda literaria (11). Los enemigos de los modernistas se reclutaron, quizá, también en esos sectores, pero más comúnmente entre los apegados a la tradición y los adversos al esfuerzo intelectual.

El análisis de Lewis tiende a superar los antagonismos entre escritor y público derivados de una situación como la padecida por los modernistas y tal vez más agudamente por sus herederos (y, en parte, antagonistas) los vanguardistas de la entreguerra. El «público», o lo que hacía sus veces (se demostró en el asalto a la *Olimpia*, de Manet), podía ser violento, agresivo, y suscitar en justa correspondencia las reacciones y escándalos que en este siglo pusieron en práctica dadaístas y surrealistas. En casos como la protesta contra Anatole France y antes, en España, contra Echegaray), la burguesía encontró la horma de su zapato.

Pero el problema de la oposición o incompreensión a los movimientos renovadores no ha dejado de serlo, aunque en los últimos treinta años se plantee bajo signo distinto: el de la oposición entre la cultura de los menos y la subcultura, infracultura y anticultura de los más. El esteticismo modernista, que tan mala prensa tuvo durante años, podrá ser reinvidicado en un futuro próximo como la legítima defensa del creador contra el filisteo, contra los tecnócratas de la inteligencia que con eficacia y rigor se empeñan en promover un clima de especialización limitadora y contra quienes ponen los inmensos medios de comunicación de que dispone nuestro tiempo al servicio de la degradación y corrupción sistemática del gusto, es decir, del hombre. Pues si ahora, como entonces, la vitalidad de la cultura depende, conforme piensa un sociólogo tan eminente como Edward Shils, de la vitalidad de sus minorías (12), cuanto las debilite afectará negativamente a la cultura y, en definitiva, al hombre.

RICARDO GULLÓN  
The University of Texas  
(USA)

---

(11) He resumido en estos párrafos las pp. 1-10 del citado libro de C. S. LEWIS.

(12) Véase el ensayo de SHILS: «Mass Society and its Culture», en el número especial de *Daedalus* (vol. 89, núm. 2, primavera 1960), dedicado a *Mass Culture and Mass Media*.